

# El Entreacto.

PERIODICO DE TEATROS,

LITERATURA, ARTES Y MODAS.

## EL ENAMORADO.

Cuanto rige el criador  
para el vicio es laberinto,  
y sin embargo, el instinto  
le revela que es amor.

Imposible es que haya en el mundo un ente mas singular, ridículo y abundante que el enamorado, ni en quien mas metamorfosis se operen en el discurso del día para dárselos á conocer ya como dulce zagal que recita tiernos versos á su pastora, ya como rígido celoso que desconfiando de su propia sombra demanda con la severidad de sus miradas, esplicaciones de la conducta de su amada, ya arrogante, satisfecho, erguido y vanidoso de la correspondencia á sus amores de forma que apenas puede prestarle mas elasticidad la piel que cubre su musculacion por efecto de su amorosa hinchazon; ya risueño, afable y cortés; ya furioso, desapegado é insolente; ya celebrando su felicidad, y ya llorando su infortunio.

El enamorado es platito de todas bodas y se halla en el templo como en el café, y en el teatro como en un via crucis: obra por máquina y no es dueño de sus acciones aunque por ellas se gobierna al parecer, porque un poderoso iman atrae hácia sí su acerada constitucion.

A la vista del dilatado cartel de á vara con que se nos anuncia una nueva y escogida funcion dramática se desataleña para inquirir si el argumento es sentimental, porque este es su fuerte, y con el informe de un amigo que representa en un teatro casero, vuela el público, desafiando á los esquinzos, atropellando carros y coches y pisando tal vez la cola al tranquilo perro que guarda la puerta de su amo. Llega al despacho de billetes de mugeres y se informa de si hay ó no delantera de cazuela para su amada y la vieja mamá, eterno guarda de vista de la niña, y con la noticia afirmativa pasa al de hombres.—¿Hay galeria?—no señor.—¿hay luneta de patio?—no señor.—¿y sillón?—no señor.—¿luneta principal?—tampoco, ni asiento de pal-

co, ni otra cosa que una tertulia.—Venga, —y vuelve al femenil despacho que encuentra cerrado y cuya reja contempla un grupo de ambos sexos repitiendo acordes y en voz baja, no hay billetes. Devolver el suyo no es permitido porque una vez espedido no puede recogerse; y la funcion es maravillosa, y en ella se pedirá al autor y saldrá sostenido como niño que empieza á andar: los revendedores remedian tanto mal y por el económico precio de su triple valor le venden un palco. ¡Terrible sacrificio!, pero no importa: estará al lado de su novia si es clásico, ó de su dama si es romántico, y al de la colmilluda madre que en ambos géneros se conoce por el mas diabólico estorbo.—Ya ocupa el apetecido lugar y divide como un justo medio el moderno y antiguo siglo de madre é hija, procurando acercarse un tanto mas á la joven cuyo suave calor se comunica por entre lienzo, bayetas, paños y percales al estasiado amador. Una pisadita puede ser muy conveniente.—hay está —pero desgracia! que el flaco y juanetudo pié de la anciana se ha interpuesto y recibido un dolor singular que se aplaca no obstante con caricias de la niña y obsequios de la ambulante confiteria que ocupa los bolsillos de su presunto y futuro yerno. Todo es satisfaccion, cuando la escena del palco cambia subitamente porque un atrevido de la luneta osó dirigir su lente á la niña.—Vd. le conoce cuando él se toma esta libertad —Yo? no señor.—Pues yo beberé su sangre—que vá vd. á hacer? tranquilícese por Dios—y una calma aparente no puede evitar el duelo que se sigue y en que lucha el amor cual pudiera hacerlo un maestro de esgrima.

Entra en la iglesia y á traves de mil concurrentes alcanza á ver á su idolo en la capilla del lado opuesto y sin titubear cruza por medio de todos, dando y recibiendo empujones de los hombres, y mostrándose sordo á los denuestos con que le saludan las devotas, cuyos vestidos le sirven de alfombra. Llega por fin en ocasion en que el objeto de sus ternezas se levanta del confesonario y vá á marchar á



su casa, pero tímida con la reconvencion del sacerdote le dice «apártese vd de mí y modere sus pretensiones, porque mi alma está por vd. en grave peligro.»—Conque segun eso el cura se opone á mi amor?—Sí; temiendo las intenciones de vd. —pues yo le diré.... y quien sabe el trabajo que cuesta disuadirle.

El enamorado, viste consultando primero el gusto de su querida: como lo que aquella apetece: manifiesta conformidad en sus deseos: si su prenda rie, él baila: si canta, aplaude: si pasea la acompaña aunque esté molido: y si se halla triste, rabia, patea y se desespera. Sus citas son siempre en hora temprana: pero por una fatalidad inconcebible llega tarde á todas partes: jamás está de acuerdo con el dictamen de sus amigos, y maldice la venida de las funciones donde la bella de sus ojos debe presentarse, porque todo le inquieta y le hace desconfiar. Unas veces la sigue á la diversion, y otras lo rehusa por evitarse el suplicio que el menor incidente forja en su fantástica imaginacion: cuando lo primero ni vive ni deja vivir; y cuando lo segundo, dispone en la ausencia un largo interrogatorio para el siguiente dia.

Este desventurado ser tiene por lo regular un color apagado, pero encendidos ojos: un oido torpe, pero una vista de lince. Su alimento consiste generalmente en celos, esperanzas, temores, promesas y algun ligero beso en la blanca y rolliza mano de su bien. Y su ocupacion es pensar continuamente en un propio asunto, sin olvidar la nocturna visita en que se recopilan los sucesos del dia para el examen que sufren despues en la cama y entre el silencio de las sombras: vive siempre enfermo y vuelve loco al médico que no puede descubrir la causa de la dolencia. Y finalmente, llora y rie con igual facilidad, sea cualquiera la filosofia que posea, porque el rico asi como el pobre, y el sabio como el necio, estan sujetos á este contagio.

#### El Fisgon.

#### TEATRO PINTORESCO.

Cansado de nuestros teatros públicos donde ninguna novedad notable aparece sino á muy largos plazos, quisimos matar el fastidio en una de las noches de este invierno dirigiéndonos al efecto al teatro pintoresco mecánico establecido en la calle de Tudescos, donde prometiamos distraernos como niños de escuela ya que otra cosa no podemos.

Desde nuestra entrada empezamos á

desvanecer el equivocado juicio que habiamos concebido, y nos hallamos en una sala decentemente pintada y de bastantes cómodas localidades porque las principales eran sillas y bancos con sus repaldos.

La funcion se ejecutó con el órden que el público habrá visto establecido en los carteles; y así en las decoraciones como en la música y movimiento de las figuras tuvimos ocasion de aplaudir el gusto del director que ha dado á este pueril espectáculo todo el brillo necesario para hacerle digno de la atencion del hombre de mas difícil contento.

Los tres cuadros que representan las vistas de Paris, Charenton en sus inmediaciones y Cadiz, estan llenos de verdad, y sorprendente en extremo la salida del sol y diferencia de luces con que se anuncia la aurora y el alba. La caza del cisne es graciosísima, completando la ilusion el vuelo de las plumas al pelarle, y finalmente los bailes de la guitarra encantada y de los chinos estan bien dirigidos, y convidan por su perfeccion á que los amantes de la industria favorezcan este local con su asistencia.

Quisieramos que el director que con tanta facilidad, precision y finura dirige este establecimiento nos mostrase los puntos principales de defensa en la última campaña y las vistas mas notables de la España, cuya topografia pintoresca en nada envidia á la de otros países. Pero le aconsejamos sinceramente y por su bien que retire el baile manchego por el mal efecto que produce el palo alambre ó varilla con que es preciso sostener las figuras, y cuya egecucion no corresponde á lo restante de la funcion.

El Fisgon.

#### La Favorita.

Con este título se ha ejecutado en Paris una ópera en cuatro actos, palabras de MM. Alfonso Royer y Gustavo Vaez y música de Douizetti, cuyo argumento nos ha parecido oportuno insertar en nuestro periódico, porque estando tomado de nuestra historia, podrán nuestros suscritores venir por él en conocimiento de los progresos que se hacen en Francia relativamente á nuestras costumbres.

La accion se verifica á principios del siglo XIV. El teatro representa un convento consagrado á S. Juan de Compostela. El superior de la congregacion, el reverendo padre Baltasar reprende al joven novicio Fernando por la tristeza anti-monacal de que está poseído, por su poco



gusto al canto llano y su poca afición á la disciplina. ¿Qué tal el novicio?

Fernando confiesa su disgusto á todos estos ejercicios, que ha sucumbido á las tentaciones mundanas, que está enamorado, y que por un ardiz diabólico y original, se ha apoderado de Si Satanas valiéndose del agua bendita. (Que golpe tan original; solo al mismo diablo podría ocurrirle; pero nos engañamos porque no ha sido al diablo á quien le ha ocurrido sino á los autores del libretto.)

Pues señores, como íbamos diciendo, cátense vds. como al ofrecer el novicio agua bendita á una dama en la iglesia del convento, fijó en ella su vista, y esta mirada fue bastante para perder al joven siervo de S. Juan. — Pero ¿cómo se llama y quién es esa señora? le pregunta el prior.

— No sé nada, responde Fernando, y solo puedo decirlos que la amo. Fácil es de conocer lo que esta respuesta significa en boca de un novicio. En efecto, Fernando se aleja del convento, y hete aquí que se presenta en traje de caballero en una deliciosa villa situada en la orilla de la isla de Leon. La señora de este lugar es la hermosura desconocida de Fernando, y después de la confesion de rigor de que se muere por ella y de que es correspondido, le declara que no puede ser suya, insiste en la necesidad de una separacion, y al mismo tiempo le entrega el nombramiento de capitán. Fernando parte, pero jurando por una cabatina guerrera, que el amor le hará invencible, y que sabrá conquistar á su amada cubriéndose de gloria.

En tanto que Fernando se bate contra los moros, la señora de sus pensamientos está tambien luchando contra el papa, por que han de saber vds. que esta señora es doña Leonor de Guzman, la favorita del rey de Castilla Alfonso XI, quien se halla tan enamorado de ella, que quiere repudiar á su muger legítima para lo que vds. sabrán. Roma que sabe este escandaloso proyecto opone un veto formal; el abad Baltasar viene á su nombre á anatematizar delante de toda la corte á la favorita, y á intimar al monarca castellano que renuncie al divorcio, bajo pena de excomunion, y reusando Alfonso someterse le lanza Baltasar inmediatamente los rayos del Vaticano en *mi* bemol.

Pero no tarda en saber el real amante que aquella por quien ha perdido su parte en el paraíso, ama á otro, porque sorprende una tierna carta que Leonor de Guzman escribe á Fernando. Inútil parece decir que este joven capitán, combatiendo por el amor y la belleza, se ha distinguido con las mas ilustres hazañas reuniendo los mirtos y laureles. Esto es otro resulta-

do obligado en todas las guerras de ópera.

Instruido Alfonso de la traicion de su querida, se muestra en demasia buen príncipe, y le promete casarla con su rival. Fernando acepta esta proposicion con la mayor alegría sin informarse de la posicion social que ocupa esta señora. (¿Que verosimilitud!)

Todo se dispone para la union de los dos amantes, cuando cediendo doña Leonor á varios escrúpulos sobre el rango que ha ocupado hasta entonces en la corte de Castilla, y no sabiendo hasta qué punto llevará Fernando su filosofia, encarga á una de sus doncellas que le entregue antes de la ceremonia nupcial un billete donde se lo revela todo. Este parte es interceptado; y Leonor que ignora este contratiempo, y que ve á su amante que la conduce al altar con grata sonrisa, cree que se halla resignado á todo y se casan.

Poco después de celebrarse el matrimonio vuelve Fernando triunfante en medio de los cortesanos. La prisa que estos se dan en alejarse de su lado y los murmullos que zumban á sus oídos le enteran en fin acerca de los antecedentes de su nueva esposa: entonces Fernando se llena de indignacion; maldice á su culpable Leonor, apostrofa altivamente al rey de Castilla, y corre desesperado á sumirse en su celda primitiva.

Ya estamos de vuelta en el convento de san Juan de Compostela. Fernando se ha apresurado á pronunciar los votos solemnes. Súbitamente una lastimera y moribunda voz le hace estremecer; y reconoce bajo el hábito de una joven novicia arrodillada al pie de una cruz, á su querida y pérfida Leonor que ha venido á implorar su perdón. Escena patética. La compasion y el amor triunfan en el corazón de Fernando: quiere arrastrar á su amante fuera del claustro, y marcharse á vivir con ella á luengas tierras. Leonor le responde que el cielo ha querido evitar esta fuga sacrilega, que los remordimientos y la desesperacion la han matado, y después de darle su último adiós, espira en sus brazos. Acude toda la comunidad para hacer los funerales á esta nueva Magdalena, y Fernando canta: Mañana vendreis á enterrar-me á mí.

Hic aquí un argumento magnífico para los que andan en busca de dramas estrangeros con el objeto de venderlos en España como originales.

#### EL PRISIONERO DE GUERRA.

Era la época en que la escarpela trico-



lor se aplaudía con victorias; cuando las banderas de la Francia se veían agugereadas por las balas; cuando el honor nacional estaba en las fronteras, aunque en los dos ejércitos beligerantes se oían las voces de mando pronunciadas por desgracia en lengua francesa. ¡Cuántos hombres generosos creyeron que combatiendo al gobierno hacían un servicio importante á la patria! ¡Cuántos deploraban las desgracias que sus mismas manos ocasionaban! ¡Qué de sangre vertida! ¡Sangre de hermanos! Y era preciso ocultar los sentimientos de humanidad, sacrificarlos, ante las aras de un fantasma que se llamaban deber. Cualquiera de los partidos que entonces equivocó el significado de este deber, merece hoy nuestra compasión: muchos valientes han espinado desde entonces sus faltas con la muerte, y á nosotros solo nos es dado respetar su memoria.

En los diferentes movimientos que se veían forzados á ejecutar los dos ejércitos sucedía muchas veces que espadas francesas se cruzaban con espadas francesas: este recuerdo no se borra fácilmente de la memoria; es un recuerdo penoso que nos ha dejado una historia demasiado verdadera.

Cierto día los emigrados se habían apoderado de una aldea situada en la frontera de Alemania. Los republicanos sorprendidos, contestaron al principio débilmente, avanzaron sus enemigos, y hubieran aquellos perecido, si un incendio terrible que se manifestó al mismo tiempo en la aldea, no hubiera favorecido su retirada.

Viéndose los realistas dueños del campo, y no pudiendo perseguir á los fugitivos por su propio desorden, solo pensaron en salvar de las llamas á los pocos habitantes que el terror había detenido en sus casas al acercarse los combatientes. Pero un fuego de peloton que se empezó á oír en la calle principal de la aldea interrumpió aquel acto de virtud militar, y los realistas, sorprendidos á la vez por el enemigo reforzado, no tuvieron otro remedio, sino intentar su salida por el lado opuesto; mas apenas lo pensaron, cuando vieron que se hallaban cercados. Solo un partido quedaba; forzar el paso. Las llamas impedidas por el viento formaban sobre sus cabezas una bóveda de fuego, y las bayonetas enemigas cerraban la salida de aquel infierno. Decidieron sin embargo á tentar aquella única vía de salvación.

Al mismo tiempo que empezaban á adelantarse, uno de ellos, joven oficial, oyó lastimeros gritos, y bien pronto conoció que sañan de una casita inmediata. Dudó un instante de lo que haría; miró con ansiedad hacia el fuego que avanzaba con

espantosa rapidez, y hacia sus compañeros que ya marchaban en orden... y sin vacilar poco despues se arrojó á la casa gritando: Si no me volveis á ver mas, á lo menos moriré cumpliendo un deber sagrado.

El techo de la casa amenazaba desplomarse, todas las puertas y ventanas estaban ardiendo. El intrepido joven cubriéndose el rostro con las manos, examinaba los aposentos, buscando el que encerraba al desgraciado que quería salvar. Sus pesquisas no fueron infructuosas, pues á poco tiempo tropezó con un objeto en un rincón, al cual no habían aun llegado las llamas: un grito le hizo estremecer, tendió los brazos y encontró una cuna, y dentro de ella un niño como de tres años, el que apenas se sintió tocar cuando saliendo del espanto que sin duda el incendio le había causado, se agarró fuertemente á los brazos de su libertador.

Apenas este se aseguró de su tesoro, corrió al traves de una nube de escombros y de maderos encendidos, y tuvo al fin la satisfacción de que el aire refrescase sus sentidos. Pero aunque el no se detuvo mucho tiempo, sus compañeros habían ya desaparecido, y no los vió en ninguna dirección. Echó á andar á la ventura no teniendo otro recurso sin dejar de llamar á sus camaradas, pues esperaba que le oyesen. ¡Vana esperanza! Solo el niño respondía á sus gritos.

Repentinamente vió brillar multitud de armas y se creyó salvado; precipitó sus pasos, pero en el mismo instante quiso volver pié atrás; y no era tiempo, estaba rodeado de enemigos. Solo, con un niño en los brazos, se veía imposibilitado para defenderse; en consecuencia desvainó la espada, y se la entregó al que parecía jefe de la tropa. Era este joven tambien, de elevada estatura, y su semblante expresaba franqueza y bondad. El desgraciado oficial se felicitó por haber caído en sus manos.

Con todo, el oficial republicano hizo un gesto de tristeza al recibir la espada de su prisionero, y señalando la escarapela blanca de este, movió la cabeza con amargura.

El prisionero llevó la mano á su pecho; nada se hablaron, pero se comprendieron. A poca distancia de la aldea había acampada una division, y allí fué conducido el oficial realista.

La division obedecía ciegamente las bárbaras órdenes de uno de aquellos hombres que se llamaban representantes del pueblo, y que eran sus verdugos, de uno de aquellos que mandaban cortar la cabeza á un general en jefe, si este perdía



una accion. Los ciudadanos estaban bajo la férula de aquellos tribunos que nada respetaban, considerándose á sí mismos mas fuertes que la ley.

Delante de este magistrado, si á tal hombre puede darse un título tan honorífico, fue conducido el joven prisionero. El oficial al dar cuenta de su expedicion, presentó al realista que llevaba todavia el niño en los brazos, resuelto á servirle de apoyo mientras viviese.

Preguntado acerca de su nombre y edad, declaró ser el conde de.... que tenia veinte y cuatro años, que era emigrado y que servía en el ejército de Condé. Insistiendo el representante en su interrogatorio para saber el paradero de sus compañeros de armas, el prisionero se limitó á contar sencillamente su aventura en el incendio de la aldea, añadiendo que ignoraba la ruta de sus camaradas, pues á saberla se hubiera reunido con ellos.

El oficial y los soldados se enternecieron al oír una narracion tan franca: la edad, el poco orgullo del prisionero embellecido á sus ojos con una accion tan heroica y de la cual habian sido casi testigos, conmovia sus almas. Solo el representante era inaccesible á la piedad; jamás la habia tenido y toda la insensibilidad de su corazón se pintó en su rostro, cuando con ronca voz pronunció la sentencia de muerte. Retiróse en seguida, y el prisionero fue custodiado en una tienda por los mismos soldados que le habian conducido.

Desde que se persuadió de que le restaban pocas horas de vida, tomó animosamente su partido, y acercándose al oficial, en cuya bondad confiaba, le dijo: caballero, voy á morir y no me aflijo, por mas cruel que sea acabar de vivir á la edad de veinte y cuatro años: mas desde que tomé las armas ofrecí el sacrificio de mi existencia: ambos hemos combatido bajo distintas banderas, pero vd. es francés, como yo, y cumplirá lo que un compatriota le encargue. Nada tema vd., soy incapaz de pedirle que falte á sus deberes. Ignoro á quien pertenece ese niño pero le he salvado de las llamas, y no quisiera dejarlo abandonado. Prométame vd. cuidarlo, hasta tanto que lo pueda vd. entregar á alguno de mi familia. Una carta que voy á escribir le asegurará á vd. honrosa acogida por este momento de alegría que me proporciona antes del último. Todavía mas; esta sortija... para mi madre... Si aun vive. En caso contrario; guárdela vd. como un recuerdo mio.

El oficial le apretó silenciosamente la mano; sus almas se comprendian. Los soldados callaban tambien y algunas lágrimas se desprendieron de sus ojos. Entró á este

tiempo en la tienda un ayudante con un papel; el oficial republicano lo leyó y lo estrujó entre sus dedos. El oficial realista se sonrió tristemente.

—Mas vale que sea vd. y no otro, dijo: de este modo encontraré en el último trance las miradas de un amigo.

Después de esta escena escribió la carta y se la entregó.

El oficial republicano parecia meditar profundamente. De repente llamó al sargento, le habló al oído, y se fue á sentar al lado del conde. El sargento, hombre de cuarenta años, dotado de un valor y honradez á toda prueba, contestó con un movimiento de cabeza y salió.

La hora se acercaba; el republicano tenia ya en su poder la carta y la sortija, y aquellos dos hombres, de los cuales uno iba á morir y el otro á mandar la voz de fuego hablaban de cosas interesantes. La orden *alto* se dejó oír inmediata á la tienda, y un ruido de armas fue la señal.

—Pronto estoy, dijo el conde levantándose, y poco después marchaba con paso firme en medio de un piquete de soldados. Llegados á un sitio solitario, á poca distancia del campo, el oficial mandó hacer alto.

—Permítame vd. le dijo el conde, darle las gracias por última vez. Sobre todo no olvide vd. á mi madre y al niño.

El oficial sin responderle gritó á los soldados. ¿Me habeis comprendido?

—Sí, sí, respondieron todos.

—Huya vd. pues, conde, en nombre del cielo y de la Francia, continuó el oficial dirigiéndose á el realista; huya vd., á mi cargo queda el niño hasta que pueda devolverlo... Pronto... por allí...

—¿Huir!... ¿Es posible!... ¿Y vd. comprometido!

—No hay que perder un instante. ¿Aquí no hay mas que franceses!

Nada temo de esos bravos soldados. Adios.

El emigrado se arrojó en sus brazos apretó la mano al sargento, saludó al piquete poniendo la suya sobre el corazón y partió como un relámpago. Apenas habia desaparecido, cuando se oyó el ruido de una descarga: por la tarde se dirigió el representante al lugar de la escena, y le enseñaron los soldados una fosa cubierta de tierra.

4.

### La Abadía de Wetsminster.

El primitivo origen de este edificio se refiere á una época muy remota. Sebre,



rey de los sajones le hizo edificar en 605 en honor de san Pedro, sobre las ruinas de un templo de Apolo, en un sitio llamado *Thor-Ray*, situado al E. de Londres. El rey Orffa le engrandeció despues considerablemente. Pero en una incursión que hicieron los daneses poco tiempo despues, en Inglaterra, fue envuelta la iglesia de san Pedro en la devastación general que señaló la aparición de estos bárbaros. Reedificada en 969 por Adgar, fue otra vez presa de los daneses que la destruyeron totalmente. Eduardo el confesor, tan luego como hubo conseguido barrier sus estados de esta llama devoradora, le hizo levantar de nuevo, y se dedicó con ahínco á engrandecerle y embellecerle. Una bula del papa Nicolas II, la consagró á la inauguración de los reyes de Inglaterra; y Guillermo el Conquistador fue el primero que en ella se coronó.

Queriendo dar Enrique III un testimonio patente de su piedad, mandó, en 1221, que se añadiese una capilla á la estremidad de esta iglesia, y la dedicó á la Virgen. Pero esta obra fue demolida á poco de haber sido edificada: porque apenas habian acabado los trabajadores de dar la última mano, cuando se notó que la nave y el campanario del edificio principal amenazaban ruina, y se vieron por consiguiente en la necesidad de destruirlo todo. Propúsose un nuevo plan, segun el cual fue reedificada la iglesia tal como en el dia existe, escepto la capilla de la virgen, que fue demolida por orden de Enrique VII, para colocar en su lugar un soberbio edificio que lleva el nombre de *capilla de Enrique VII*. Este monumento, que se cita como una de las maravillas del mundo, y que en efecto es uno de los mas hermosos que en este género existen en Europa, tiene noventa y nueve pies de largo, sesenta y seis de ancho y cincuenta y cuatro de alto. Termina por el lado de Oriente por un semicírculo que tiene cinco nichos, cuya entrada la forman arcos abiertos. Estas pequeñas capillas hacen resaltar extraordinariamente la belleza de este edificio, en cuyo centro se ven las estatuas de Enrique VII, y de la reina, su esposa; tendidos, envueltos en sus reales vestiduras, sobre un sepulcro de mármol negro rodeado por una soberbia balastrada de metal dorado.

En cuanto á la iglesia principal, nada tiene de extraordinario su exterior. Son venerables restos del gusto gótico. Pero el interior, cuando se entra por la puerta que está al E., situada entre las torres, presenta bellezas de primer orden, y no se sabe lo que admirar mas, si la magestad del conjunto, ó la osada elevación de

la bóveda, ó la noble colocación de las pilastras, que separan la nave de las alas, sin ocultar las aberturas laterales, ó en fin la feliz disposición de las luces.

La nave tiene trescientos sesenta pies de largo, y su ancho, que consta de ciento noventa y cinco en el sitio en que la adición de las alas forma una cruz, solo tiene setenta y dos en su estremidad occidental: cuarenta y ocho grupos de columnas de mármol gris, que aunque muy delgadas, cuando se las considera separadamente forman sin embargo por su reunión, gruesos cuerpos de columnas coronados de chapiteles notables por la riqueza de sus adornos, sostienen los arcos contruidos en el género gótico y las arcadas de las alas. El coro, de augusta y solemne aspecto, termina por un altar de mármol blanco. En el centro de su pavimento se admira una obra muy bella de mosaico, en la que brilla el pórfiro en medio de las piedras, cuyos vivos colores ofrecen la mas sorprendente variedad.

En toda la superficie de la tierra no existe ningun templo que encierre tantos monumentos como la abadía de Wetsminster. Se cuentan doscientos sesenta y tres, tanto en la nave como en las diez capillas y en el claustro, sin hacer mención de una porción de sepulcros cargados de epitafios. Estos monumentos erigidos en honor de príncipes guerreros, buenos ciudadanos, filósofos y poetas, son la mejor escuela de moral, por la veneración que inspiran, y por el deseo de merecer distinciones concedidas tan solo á la virtud. Entre los nombres de los hombres célebres, cuyas cenizas descansan en este religioso asilo, se leen los de *Dryden, Cowley, Chanser, Spencer, Ben Jouhaon, Milton, Butler, Homdel Goldsmith, Shakespeare, Newthor, Gay, Chambois y Garrick*.

Pero si bien el hombre que visita, por primera vez esta silenciosa morada, queda satisfecho al ver tan gran número de monumentos destinados á eternizar la memoria de los que han ilustrado su patria, no puede menos de experimentar un sentimiento doloroso, al encontrar en una capilla inmediata á la de Enrique VII, la escandalosa reunión de las estatuas de Isabel y de Maria Stuard. El mal gusto de estos monumentos hace justicia á la ridícula idea de haber colocado á estas dos reinas tan cerca la una de la otra.

### La Venus de Medicis.

Esta estatua ocupa el primer lugar entre las mas célebres que los antiguos



nos han dejado, y es de mármol de Paros. En el siglo XVI estaba colocada en los jardines de Médicis en Roma, y en el XVII fué transportada á la galeria de Florencia, desde donde fué enviada á Palermo con otros muchos monumentos por temor de que cayesen en poder de los ejércitos victoriosos de los franceses.

Se atribuye esta obra maestra á Cleomenes, que sobresalía en representar la belleza de las mugeres. En efecto es imposible reunir en una estatua mas atractivos, mas gracias, mas encantos. Es la Diosa del amor al nacer de la espuma del mar, es la hermosura virginal sin mas velo que el pudor.

El genio del artista se manifiesta en el grupo que está al pie de la estatua. Representa un del fin con una concha, símbolo del mar, del que Venus acaba de nacer. En cuanto á los dos amores que en él se ven, y que juegan con las alas y la cola del delfín, no son los hijos de la diosa. Uno es el primitivo amor (Eros) que desenreda el caos, y el otro el deseo (Himeros), que apareció en el mundo al mismo tiempo que los primeros seres sensibles. Los dos vieron nacer á Venus, y desde aquel momento se unieron á sus pasos, para nunca mas separarse de ella.

## POESIA.

### AL FAUSTO ENLACE

DE LA SEÑORITA DOÑA T. Y T.

CON EL SEÑOR DON F. M. G.

Ved á la vírgen del Señor que ofrece  
Al pie del ara su candor divino,  
Ella tu amor y tu piedad merece  
Al unir su destino á tu destino.

Bien lo merece la sin par ternura  
De su cariño fiel, dulce, profundo  
Dáale tu corazón por su hermosura,  
Y por la dicha que te guarda un mundo.

En el sueño de la vida

Gozais de dicha cumplida,

Felices soñais los dos;

Para vosotros hay Dios:

Para mí... ¡gloria mentida!

El hado que me condena

Si á la vida me encadena

Es por saciar su venganza,

Y para colmo de pena

Ya vivo sin esperanza.

Perdona Señor, deliro;

Yo tus arcanos venero,

Yo tus misterios admiro,

Y el cielo por qué suspiro

Señor, de tu gracia espero.

Pero ¡cuan dulce es amar

Por toda una larga vida

Si tras de tanto anhelar

Por fin se llega á mirar

La esperanza conseguida!

¡Qué bello el objeto amado

Parece en imperial día,

Cuando es virtud lo pasado

Cuando tan pura alegría

No la entorpece el pecado!

Entonces siente el esposo

De su honor el don precioso

Que así recató la hermosa.

Entonces gusta el sabroso

Manjar, de su amor la esposa.

Entonces el alma vuela

En alas de su pasión,

Y aun así su frente vela,

Porque su frente revela

Los vuelos del corazón.

No temas, niña inocente,

Alza los ojos del suelo,

Que contra el hado inclemente

Tienes la frente en el cielo

Y todo un cielo en tu frente.

No temas vea tu amante

El pudor que te colóra,

Aunque es su luz tan brillante

Tan clara, y tan rutilante

Que os hace traición, señora.

Un hombre y una muger

Cuando en misterios se abracen,

Identifican su ser,

Y en el seno del placer

En un ángel se deshacen.

Y los fuegos que os enciendan

Veloces los aires hiendan

Y lleguen hasta el Señor;

Y los ángeles descendan

Hasta el templo del amor.

Así en delicias iguales

Vuestros años pasarán

En coloquios coyungales,

Y vuestros hijos serán

Consuelo de vuestros males.

Suceda el hoy al ayer

Y al hoy suceda el mañana

Y mas acrezca el placer,

Y se ostente mas lozana

Vuestra pasión, ¡oh muger!

Entonces tiene la vida

Sendéros llenos de flores,

Las flores tienen colores

Y todo á apurar convida

La copa de los amores.

Gozad de la vida que es bella la vida

Si el hombre contempla cumplido su afán,

Para á aquel que siente su dicha perdida

Las glorias del mundo, qué son? dónde están?

P. Arenas.

## VARIEDADES.

### ARDID DE GUERRA.

En el año de 1597 Portocarrero, ge-



neral del ejército español, auxiliar de la liga, formó el proyecto de sorprender á Amiens, plaza francesa, donde sabía que no se hacía el servicio como era debido, y que de consiguiente había mucha negligencia; al intento colocó en una noche oscura las centinelas necesarias para detener á todos los que se dirijiesen á Amiens: se aproximó él mismo con 500 hombres escogidos, y los hizo ocultar en las ruinas y arboledas inmediatas á la plaza: otros 30 españoles, vestidos de paisanos y paisanas, los unos con cestones, los otros con espuelas avanzan hasta la entrada; otros van con tres carros, de los que uno debe detenerse en la misma puerta y sitio del rastrillo, para sostenerle cuando le quieran dejar caer; al momento que la puerta estuviere abierta, deben entrar los dos carros: los soldados que conducen el tercero, cargado de costales de nueces, se detienen en el parage indicado: uno de ellos abre un saco, y las nueces se siembran por todo el cuerpo de guardia: mientras que los paisanos, que forman este cuerpo de guardia, se divierten en recogerlas, son muertos ó puestos en fuga por los soldados disfrazados: los 500 hombres emboscados acuden al momento, y entran sin oposicion por la puerta que el carro ha impedido cerrar. Se apoderan, sin batirse, de las calles, de las murallas, y de toda la plaza; y por último son dueños de Amiens, y de sus fuertes almacenes de boca y guerra: aun hoy tienen presente los habitantes de Amiens este suceso, en términos que no hay para ellos mayor injuria que preguntarles: «¿á cómo van las nueces?»

### La barba.

La barba era en otro tiempo en Francia el símbolo de la libertad, y se hacía alarde de llevarla larga. Como se la rizaba por adorno, los frailes afectando despreciar las vanidades del mundo, se decidieron á afeitarse. Bien pronto se predicó contra la barba, y no faltó un arzobispo de Ruan que avanzó hasta excomulgar á los que la quisiesen conservar. Se siguiéron muchas turbulencias, mirando muchos esta pretension como un atentado contra sus derechos. La querella fué decidida por el Rey Luis VII, en favor del clero: él se hizo afeitar; todos los cortesanos hicieron lo mismo, y poco á poco la barba cayó en tal desprecio, que en el siglo XVI, no podía entrar en una corporacion de majistratura sino despues de haberla hecho cortar. Despues de haber sido proscripta por cerca de un siglo, la barba fué repuesta

en honor por Francisco 1.<sup>o</sup>, quien dejando crecer la suya, quería ocultar una cicatriz que tenía en la cara. Bajo Luis XIII, la barba fué cortada y no se conservaron sino los bigotes, que desaparecieron también durante el reinado de Luis XIV. La moda ha cambiado frecuentemente en otros países relativamente á la barba. En Inglaterra, bajo el reinado de Isabel, la largura de la barba fué reglada por un estatuto, despues de lo cual la jente de letras que quedaba quince días sin afeitarse pagaba una multa. En Rusia, el emperador Pedro el Grande impuso una contribucion sobre las barbas largas, y esta contribucion fué percibida con un rigor que acarreó frecuentemente desórdenes.

### Anédocta.

Un embajador de Cárlos V. cerca de la corte de Soliman emperador de los turcos fue admitido á una audiencia ante aquel sultan. Como al entrar en el salon no viese asiento ninguno para él, y conociendo que no era por olvido sino que le querian hacer estar de pie por un principio de orgullo musulman, se quitó su ferreruero y se sentó sobre él con tanto desembarazo como si aquel fuese el uso establecido de toda la vida: Entonces espuso su comision con tanta firmeza y presencia de ánimo que no pudo menos de admirarse el mismo Soliman. Acabada la audiencia el embajador se salió sin recoger su capa; algunos de los cortesanos creyendo que la dejaba por olvido, se lo advirtieron, pero el respondió con tanta gravedad como dulzura. *Los Embajadores del Rey de España no acostumbran á llevar los asientos consigo.*

### TEATROS.

—En el de Santa Cruz de Barcelona se ha puesto en escena el drama en 5 actos *Don Alvaro de Luna*, de don Antonio Gil y Zarate: obtuvo buen resultado, aunque el señor Luna estuvo desgraciado en su papel del protagonista.

—En Sevilla se han representado *Las Pildoras del Diablo* comedia de magia en tres actos traducida del francés.

—En el principal de Cádiz: *La Straniera*, de Bellini, *L'Elixir d'Amore* de Donizetti, y *Lucrecia Borjia* del mismo maestro.

—En Zaragoza *La primera leccion de amor* comedia en 3 actos, y la ópera *Belisario*.

EDITOR: DON IGNACIO BOIX.